

The Party Must Go On*

—» **DIANA KINNERT**

Nacida en Wuppertal-Elberfeld, Alemania (1991). Estudia ciencias políticas y filosofía en la Universidad Humboldt de Berlín. Desde 2015 dirige la oficina del vicepresidente del Parlamento alemán, diputado Peter Hintze, de la CDU. Es coautora del Manifiesto del Futuro.

Nosotros, los *millennials* que nacimos en sociedades de bienestar aproximadamente entre 1980 y 1990, estamos disgustados, cansados de la política; somos apolíticos. Somos una cohorte de egoístas ignorantes, autocentrados y desconsiderados, dedicados a nuestras propias carreras y hedonísticos. Rezamos en el templo del consumo, en lugar de hacerlo en los lugares de culto; pulimos nuestros currículos en vez de

* 'La fiesta —el partido— debe continuar.'

dedicarnos a buenos fines y elevamos vasos llenos, en lugar de elevar nuestra voz. La responsabilidad social es para nosotros solamente una utopía, mientras que el individualismo perverso es la realidad vivida. Como desconocemos la guerra y el hambre, nos festejamos sin sentido y hasta perder el conocimiento.

De esta forma —o una parecida— se presenta nuestra generación, la generación Y, los *millennials*. Mientras algunos autores aplican un tono más bien de reproche, otros se muestran más comprensivos. En este mundo capitalista, entre un pasaje escolar resumido y un currículo optimizado, en medio de un mercado de competencia global y la imagen del capital humano, no se debería esperar otra cosa: el joven de hoy es víctima del sistema: la capacidad de reflexión y la aptitud democrática no les han sido enseñadas. No es solamente que los jóvenes de hoy no quieran más ser personas politizadas, es que ya no son capaces de serlo.

Sin embargo, nadie está tan equivocado como quienes defienden estas tesis o similares. Porque la verdad es que los *millennials* somos la generación más politizada y comprometida en muchas décadas y, en un afán virtuoso, intentamos politizar por el bien de todos cualquier ámbito, por más privado que sea.

Los números son números. Y los números no mienten. El alejamiento de las formas clásicas del compromiso político y social es innegable. Es menos frecuente que nos hagamos miembros de partidos y es más frecuente que dejemos de pertenecer a las Iglesias. Evi-

tamos tanto las monótonas consultas ciudadanas como los monólogos auto-complacientes de representantes parlamentarios. No nos da la gana aguantar jerarquías políticas no transparentes, aspavientos pedantes sobre estatutos o la cultura estricta del presentismo. No queremos vestir como aristócratas ni hablar como diplomáticos. Queremos el espacio público en vez de los cuartitos del fondo, controversias en vez de aplausos y representantes que merezcan realmente ser llamados de esa forma.

«...los *millennials* somos la generación más politizada y comprometida en muchas décadas y, en un afán virtuoso, intentamos politizar por el bien de todos cualquier ámbito, por más privado que sea»

Bien, admitamos que le rehuimos al compromiso partidario. Desde 1990 se redujo a la mitad la cantidad de miembros de los partidos políticos en Alemania: de 2,4 millones pasamos a los 1,2 millones de hoy. Solo el año pasado 36.500 miembros de partidos políticos alemanes le dieron la espalda a sus partidos y esto significa una disminución de 3 % en un año. Esta información proviene de un estudio presentado por la Universidad Libre de Berlín y dice que la tendencia se mantiene en el presente. Mientras que el partido de gobierno CDU perdió solamente en 2015 un 2,9 % de sus miembros —es decir, bajó a 444.400—, su socio en la



Foto: Diana Kinnert

coalición, la SPD, perdió un 3,7% y el Partido Liberal (FDP) perdió 3,2%. Un 2,6% de los miembros del Partido de Izquierda se desafilieron, mientras que en los Verdes lo hicieron el 1,5%.

El estudio contradice que las fuertes pérdidas de miembros se deban en primer lugar al deceso de los miembros más viejos. En todos los partidos, salvo el FDP, la cantidad de dimisiones es superior tanto a la de nuevas entradas como a los decesos. Según el politólogo berlinés Oskar Niedermayer, autor del estudio, «se observa una tendencia descendente continua del arraigo social de los partidos políticos». Y esto no sorprende: si se comparan los resultados de las elecciones federales con los resultados de la investigación de Niedermayer, también estos muestran que los partidos políticos grandes están amenazados de perder el apoyo de la ciudadanía.

Mientras la SPD pudo alcanzar en 1972 un resultado electoral de 45,8% de los votos, este se redujo en 1990 a 33,5%. Después, la SPD pudo movilizar más electores y así, en 1998, alcanzó un resultado de 40,9%. Sin embargo,

muchos electores se apartaron de ese partido y en las elecciones de 2009 y de 2013 solamente consiguió el 23% y 25,7% de los votos, respectivamente, valores que están incluso por debajo del 28,3% del año 1953.

También están lejanos los tiempos en que la CDU obtenía resultados de entre 45% y 50%. En 1987, por última vez, más de 44% votaron por los demócratacristianos. Más adelante, la CDU alcanzó entre 43,8% (1990) y 33,8% (2009). Si bien en la última elección federal la CDU logró un nuevo impulso con 41,5% de los votos, actualmente tiene una intención de voto, según las encuestadoras, de entre 31% y 35%.

El alejamiento de los partidos políticos no es sorprendente para nosotros los jóvenes. Porque los aparatos partidarios son lentos y parsimoniosos, elitistas y anticuados, y llenos de acuerdos baratos. Sin embargo, es equivocado concluir que la retirada de los partidos significa un alejamiento de la política y de lo político. Es que *partidos políticos* no equivalen a *política*. Política es mucho más. Política es ponerse de pie y emprender lo grande, lo general, lo relacionado con el bien común. Es comprometerse con la *res publica* y enteramente con el mundo.

Y nosotros, los *millennials*, hacemos política. Marchamos como *occupy* o *blockupy* en movimientos de base, democráticos, por el barrio banquero de Londres, y agitamos banderas y carteles en manifestaciones espontáneas contra el fanatismo religioso en la ciudad de Colonia. Votamos en iniciativas populares para la reimplantación de modelos educativos calificados y en plebsci-

tos por la convivencia armónica de la infraestructura y el medioambiente.

A través de peticiones en línea juntamos firmas para un océano sin plástico o juntamos fondos en plataformas *crowdfunding* para apoyar una prensa independiente. Mediante nuestras campañas sociales y mediáticas atraemos interés y donaciones por la investigación médica, y a través de un *hashtag* provocamos sensibilidad respecto al sexismo, la homofobia y el racismo de la vida diaria.

En conciertos benéficos hacemos música para las víctimas de inundaciones, asistimos gratuitamente con los deberes a escolares desfavorecidos socialmente y acompañamos a familias de refugiados en sus trámites burocráticos. Repartimos alimentos para contrarrestar la dilapidación y compartimos autos para combatir la contaminación del aire. Mediante la guerrilla jardinera sembramos plantas en espacios públicos, así como abogamos por la sustentabilidad y la autosuficiencia.

Como masa crítica pedaleamos por los ruidosos centros de las ciudades y propagamos de esta forma los derechos de los transeúntes no motorizados. Los granos de café, los huevos y los buzos de lana pueden ser un poco más costosos si al comprarlos hacemos una buena acción, de la misma forma que apoyamos *startups* sociales aun en las etapas previas al comienzo oficial de su actividad empresarial.

Blogueamos sobre lo que nos mueve, reflejamos debates públicos y damos nuevos impulsos, todo desde la actividad voluntaria. Es que hacemos, hacemos y hacemos.

« Vivimos la indignación, porque la indignación es el punto de partida de cualquier cambio. Nuestro compromiso no es un carné partidario que se llena de polvo en un cajón ni se lleva como condecoración en la chaqueta. Nuestro compromiso late en nuestro pecho y florece en cada decisión cotidiana »

La democracia crece desde el pie y nosotros somos sus brotes. Hacemos más que delegar nuestra voz a través de un voto cada cuatro años. Nos movemos conscientes de nuestro valor como ciudadanos. Nos emancipamos de la impotencia provocada por la creencia del poder total del Estado. Cambiamos el mundo lejos de los aparatos estatales. Vivimos la indignación, porque la indignación es el punto de partida de cualquier cambio. Nuestro compromiso no es un carné partidario que se llena de polvo en un cajón ni se lleva como condecoración en la chaqueta. Nuestro compromiso late en nuestro pecho y florece en cada decisión cotidiana. Somos impulsores y pioneros, creativos y constructivos, y chisporroteamos de ganas de hacer y crear. Nosotros los *millennials* somos la generación de la sociedad de ciudadanos.

Esto está probado por la investigación actual. El estudio más importante de Alemania sobre la juventud, el *Estudio Shell*, documenta que cada vez más jóvenes alemanes muestran interés político. En comparación con el

30 % del año 2002, en 2015 el 41 % los jóvenes se califican como «*interesados en política*». Con el interés político está vinculada también la disposición a la participación personal en actividades políticas. Pero mientras los partidos políticos establecidos no sacan ventaja de esto y el mal humor respecto a la política de estilo clásico se mantiene, cambian las esferas y los espacios del activismo político. Casi seis de diez jóvenes participaron alguna vez en una o varias actividades políticas. A la cabeza están las actividades de boicot a determinados productos por motivos políticos, o la firma de peticiones. Las peticiones en línea tienen más aceptación que las listas de firmas. Uno de cada cuatro participó en alguna manifestación y uno de cada diez se compromete en alguna iniciativa ciudadana.

Esto es así. Y, sin embargo, nada de esto disminuye las responsabilidades de los partidos políticos clásicos y sus representantes. Las nuevas formas de compromiso de interés general no sustituyen a las tradicionales. Simplemente se agregan. Mientras que nuestro compromiso puede referir a un proyecto o tema concreto, ser temporalmente limitado y no vinculante, puede simplemente consistir en una protesta destructiva y la manifestación de indignación de una ciudadanía escandalizada que no ofrece alternativas, el trabajo parlamentario democráticamente legitimado, orientado a equilibrar los intereses generales, se mantiene como el hacedor de política primordial e indiscutido. Y es bueno que así sea.

Al final del día, todavía son los partidos los que mantienen la capacidad

de interpretar lo público y expresar en leyes el bien común. Está en poder de los partidos cerrar acuerdos sobre la protección de los datos, dar forma a la política de refugiados, invertir en educación y parar el cambio climático. Son los partidos políticos los que pueden retomar los impulsos e iniciativas de los ciudadanos, aunque no necesariamente deban hacerlo. El Parlamento está capacitado para enriquecer o limitar la vida de los ciudadanos, incluso contra la voluntad particular de los individuos. En caso de que la acción política sea insatisfactoria para unos u otros, esto no tendrá consecuencias formales. La eficiencia de la política parlamentaria se mantiene. Y ese es el *quid* del asunto.

Podemos estar orgullosos de la vivacidad de nuestra sociedad civil, de su alto grado de organización y de su seriedad, con la que muchos de nosotros viven la política en la vida diaria de forma tan natural. Nuestro nuevo triunfalismo no debería engeguercernos: la política organizada en regímenes parlamentarios no funciona sin partidos políticos. Solo esto debería ser ya un llamado, a todos nosotros, a no descartar a los partidos políticos sino a abogar dentro de sus estructuras por la política que consideremos correcta. De la misma forma, está en el área de responsabilidad de los partidos admitir modernizaciones también dentro de sus propias estructuras y crear condiciones marco que resulten adecuadas a sus miembros.

Un currículo que abarca diferentes lugares de residencia y de trabajo, la fi- nalización de la escuela en el pueblo de



© Benjamin Zibner

origen, el estudio en la gran urbe, prácticas y experiencias laborales en lugares desconocidos y lejanos: todo esto no concuerda con una carrera política en una organización partidaria local. Quien vive para su trabajo y su familia no puede adaptarse a la cultura presencial de las organizaciones locales. A quienes se entienden como impulsores de colaboradores motivados con un tema les asusta la perspectiva de interminables reuniones y redacciones de protocolos durante años. A los jóvenes afines a las redes les exaspera el trabajo analógico, la planificación a través de la dictadura de los papelitos, así como el clima de palomas mensajeras. La democracia y los partidos políticos no pueden darse el lujo de desperdiciar los recursos de esta forma.

Solamente si la presencia pública y las estructuras partidarias atienden las realidades vitales de todos los grupos objetivo, se podrán ganar nuevos adeptos.

Los partidos políticos deberán aproximarse en forma explícita a grupos objetivo con poca representación, invitarlos al trabajo horizontal y darles rápidamente influencia a través de su participación. Los partidos políticos deben ofrecer un discurso y canales de información y comunicación adecuados para esos grupos. Necesitan multiplicadores y constructores de puentes, jóvenes tomadores de decisión que sean figuras con las cuales identificarse, así como instrumentos modernos para un trabajo partidario eficiente. La ampliación de los derechos de propuesta, la instalación de comités interregionales, la utilización de herramientas de campaña digitales, la incentivación a responsables locales para la atención a nuevos afiliados, todas estas ideas pueden contribuir a aumentar el atractivo de los partidos políticos.

Traducción: Manfred Steffen.